



López de Letona, gobernador del Banco de España: mentís a las disensiones con Hacienda.

Los objetivos perseguidos con dicha actitud no son conocidos, pero algunos "malintencionados" no han dejado de ver intenciones políticas en la misma. Rafael Termes Carreró, consejero-delegado del Banco Popular, ha desmentido, en su habitual carta a los accionistas del Banco, cualquier actitud en este sentido.

De todas maneras, estas son las dos caras de la política monetaria: de un lado, el Banco de España anuncia una ampliación de los techos crediticios —en una proporción no excesivamente significativa, no hay que olvidarlo—, y de otro, el Ministerio de Hacienda, a través de la Dirección General de Política Financiera, lleva a la práctica las restricciones anunciadas el 8 de octubre. ¿Con qué carta nos quedamos? Se podrán desmentir las contradicciones entre el Ministerio de Hacienda y el Banco de España, pero aun cuando respondan a una misma política monetaria, mantienen indudablemente talantes distintos.

La resultante de todo ello será, sin duda, una actitud vagamente restrictiva. Porque, ante la evidencia de que la política monetaria, por muy expansiva que sea, no va a ser la palanca de la reactivación económica, jugar con alegrías monetarias costaría, en lo que al aumento de la inflación se refiere (contrapartida inevitable de toda expansión), demasiado caro.

La actitud de la Banca, que todo indica que en estos momentos no es totalmente homogénea en este y otros extremos, pone el punto de tensión en el problema. Porque la

Banca no quiere la subida del tipo de interés, medida de Hacienda, y sí en cambio se ve favorecida por la ampliación de los techos crediticios —medida del Banco de España—. Su actitud estaría muy clara si se hubieran disipado totalmente los rumores respecto a cómo está utilizando la Banca sus reservas de liquidez.

Tablas y poca claridad, por tanto. Casi tan poca como la que hay respecto al futuro de la cotización de la peseta. Algunas fuentes, tal vez exageradamente, comentaban que el tema central de la reunión del Consejo extraordinario de Ministros del pasado jueves era el estudio de la devaluación de nuestra moneda. En el mercado monetario de Londres, un apoyo a la baja por parte del Banco de España hacía que la peseta dejara de cotizarse por temor a una inmediata devaluación. El Gobierno se esfuerza por retrasar la medida, por salvarse de la impopularidad que un hecho de estas características representaría en los actuales momentos, diez meses después de la devaluación Villar. Pero los hechos económicos juegan en su contra. La peseta ha perdido casi un 7 por 100 de su paridad respecto al dólar desde la última devaluación. Y la inflación interior se sigue comiendo puntos. ¿Cuándo habrá devaluación?, se preguntan los expertos. Porque entre ellos la idea de que la habrá está asumida. Esa es otra de las razones que frenan al Gobierno a lanzarse a políticas expansivas en el terreno monetario: la inflación que provocarían precipitaría la tan temida decisión.

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

SONRISA Y CACAHUETES

UNO de los problemas que puede traer Carter al mundo es el de los imitadores. Es muy característico y muy fácil de imitar. Ya pasó con Kennedy, que produjo una floración universal de tupés y aire de falsa juventud. Los políticos son muy miméticos. Cuando tienen imaginación, imitan a otros. Cuando no la tienen, se imitan a sí mismos. Por eso se dice siempre que hacen falta políticos con imaginación.

España es un país muy dado a sentir los reflejos de políticos extranjeros. Cuando consiguen un buen parecido, dicen que son los otros los que les han imitado. Ya se sabe, de buena fuente, que España ha sido siempre envidiada y copiada en el exterior, aunque la mayor parte de las veces ha sido copiada antes de que produjese su modelo. Como si lo presintieran. Algo así pasó con Hitler y con Mussolini, que quisieron ya copiar "avant la lettre" lo que creían que iba a suceder aquí. Por eso mandaron tanta gente a la guerra civil: para aprender lo que se veía venir. Les fuimos, sin duda, de gran ayuda.

Carter, con su risa y sus cacahuets, está presintiendo ya algún gran político español que todavía no ha adquirido la suficiente caracterización. Por el momento, nuestros grandes políticos prefieren aparecer en la televisión con el aire preocupado e inteligente. Esto último es siempre fácil de conseguir gracias a los focos de iluminación, que hacen guiñar los ojos y que se formen arrugas en la frente. Esto produce una gran impresión en el espectador. Estos políticos proceden de la gran moda de Nixon, de Ford o incluso de Valéry Giscard d'Estaing, que es un gran modelo. Pero esa moda ha pasado, como pasó en tiempos la del gran padre, o gran abuelo: la moda de Churchill, Roosevelt, De Gaulle o el propio Stalin, que daba muy bien el rostro abuelesco.

La moda de Carter es la de la "sonrisa ante el futuro". Lo peor que se puede hacer con el futuro, sin embargo, es hacerle gestos de connivencia y amistad. Al futuro hay que tratarle como a una fiera de circo, con el látigo en una mano y metiendo la cabeza en sus fauces. Hasta que un día el futuro se atreve. Tiene la ventaja de que es el último día para el domador, y no tiene que respirar más su aliento fétido.

Pero en España estamos en un momento de sonrisa ante el futuro. Con la esperanza de que sea un espejo y nos devuelva la sonrisa. Pero el futuro siempre nos devuelve la sonrisa desdentada. Una mueca.

Lo malo para los imitadores de Carter es que les llamen carteristas. Pero es un riesgo menor. Suelen correr otros más graves, estos imitadores —¿cuántos han imitado a Nixon?—, y no les ha pasado nada. Hasta ahora. ■

POZUELO